

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

## textos y documentos

Número 204

Valencia, 24 de Agosto de 1937

María Carbonell, 2

## El voluntario de 1914

Aquella tarde de abril habíamos estado en la primera línea del frente occidental, como otras veces. Cansados de andar, bajo el tableteo de las ametralladoras y la ronca voz de la artillería de gran calibre, sobre el resbaladizo fiemo de las trincheras, subimos a los autos que nos esperaban al borde del camino, a la sombra relativa de unos decapitados árboles; y al anochecer nos apeábamos a la puerta de un hospital de sangre...

\*\*\*

Recorrimos varios pabellones. Había allí, sobre los alineados lechos, heridos de diversas naciones y razas. Franceses de perfiles de medalla. Senegaleses gigantes, de mirada infantil. Árabes morenos, abstraídos como si contemplaran las vagas imágenes de un sueño interior. Rusos que se quejaban dulcemente...

Desde una cama situada bajo la crugia de uno de los más amplios locales, alguien nos llamó, en castellano, con fuertes voces. Y nos acercamos presurosos y extrañados. ¿Quién era aquel hombre?

Sentado sobre el colchón delgado del camastro, tapado con una manta, un joven cenceño, de ojos ardientes, nos tendió las manos con cordial ademán.

—Soy español como ustedes —nos dijo—. De la Rioja. Voluntario. Tengo tres balazos. Pero me han dicho que me pondré bueno.

—¿Voluntario de la Legión? —repuse.

—¿Qué remedio? Quería luchar por la libertad del mundo, porque no haya más guerras. Vivía en Logroño. Dejé mi casa y mi madre cuando empezó la guerra europea. Me fui a París. Me alisté. Llevo casi dos años de estar en filas. Y siempre en vanguardia. La Legión, como los africanos, es fuerza de choque...

Sonreía. Veíase que estaba contento de su rango y orgulloso de sus heridas.

—Somos muchos los que nos batimos voluntariamente al lado de Francia —añadió—. Por cariño a ella, desde luego, pero, sobre todo, por odio a lo que representa Alemania. Yo peleé por que se acaben las luchas entre los pueblos. Soy hombre de izquierdas. Soy internacionalista. Cuando

disparaba contra los alemanes, me parecía disparar contra el espectro de la guerra. Porque esta guerra será la última. ¿No lo creen ustedes?

Hizo la pregunta con ansiedad.

—Es de suponer —respondí dubitativo—. Después de tan atroz carnicería, la Humanidad aborrecerá cuanto le recuerde los horrores actuales.

—Es que sería muy triste —prosiguió— que murieran en vano tantos millones de hombres. Algunas veces pienso en que tal vez me hago ilusiones, en que no será esta la guerra última... ¡Y me entra una angustia!

Procuramos tranquilizarle y nos alejamos de su lecho. Nos siguió con la mirada, brillante y fija, que parecía clavársenos en la espalda.

\*\*\*

Me he acordado frecuentemente de aquel riojano, hijo del pueblo, soñador, espíritu generoso, caballero de un ensueño vago que tejía su velo con hilos de sol. Pertenecía, como tantos otros, al romántico ejército de los que quisieron hundir en el suelo, con su bayoneta enrojecida, la bella utopía que saltaba de los libros, evangelios modernos, para iluminar sus noches febriles. Había dado su sangre por una esperanza...

Si vive, si no murió en el hospital o no le mataron en una nueva ofensiva de Occidente, si está en España, prisionero de los facciosos, ¿Qué pensará de la guerra española?

Hoy están unidos sobre el territorio hispano, los alemanes a quienes combatiera y los italianos que fueron sus enemigos. Y con ellos forman el frente infame de la Iniquidad los germanófilos de 1914.

Probablemente, el riojano ingenuo, de alma intrépida, que ofreció su vida a la causa de los Pueblos, se preguntará con acérrimo dolor y hondo desconcielo, si no fué víctima de un espejismo.

Porque al cabo de diecinueve años, la Injusticia y la Violencia reinan sobre la Tierra, con mayor imperio y audacia que cuando había un Kaiser y un Zar...

FABIAN VIDAL

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

## Los demócratas del Canadá hacen un llamamiento a todos los países del mundo a favor de la causa de España

OTTAWA. — El doctor Norman Bethune, iniciador de la «Unidad Canadiense» para la transusión de sangre a los heridos republicanos españoles, y que presta sus valiosos servicios en los hospitales de la España leal, ha tomado parte en un mitin en Sault Ste. Marie, Ont. (Canadá), de propaganda en favor del Gobierno español. Expuso, en su discurso, la situación en que se encuentra la democracia española, aconsejando la urgente formación de un partido integrado por los obreros canadienses del campo y de las fábricas para hacer frente a los ataques del fascismo.

El reverendo Irvine Perkins, que presidió el acto, propuso, aprobándose por aclamación, las siguientes conclusiones, que fueron entregadas al coronel Hamilton, miembro del Parlamento, y al doctor A. D. Roberts. La moción aprobada dice:

«Nosotros, en representación de esta Asamblea

pública, ciudadanos entre los que figuran los hombres más representativos de todos los partidos de la población, requerimos al Parlamento del Canadá, para que se pronuncie contra la continuación del injusto Pacto de la No Intervención, que va contra los intereses de España y que impide al Gobierno legítimo de este país el pleno ejercicio de sus derechos para adquirir armamentos y municiones con que defenderse de los ataques de las fuerzas rebeldes. Pacto que ha sido constantemente violado por el fascismo internacional, que representan Alemania e Italia.»

«Preconizamos, por último, la formación de un bloque, formado por todos los países democráticos del mundo, que constituya una garantía colectiva, única esperanza de que no se altere la paz universal.»

## LA CO-

lonia portuguesa de los Estados Unidos constituye una agrupación de ayuda a la España republicana

El verdadero Portugal, por la causa de España

NUEVA YORK. — Ha quedado constituido en esta ciudad el «Grupo Antifascista Portugués», creado para dar expresión a los sentimientos democráticos de los trabajadores portugueses de América y afirmar su repulsa por la obra de destrucción que el fascismo internacional está llevando a cabo en España. «La mayoría de la Nación portuguesa —dicen en un llamamiento—, liberal democrata, repudia el papel que su Gobierno está desempeñando en la tragedia española. La numerosa colonia portuguesa de los Estados Unidos lo ha afirmado repetidas veces públicamente. La guerra civil española es una vergüenza para el mundo que se dice civilizado y constituye una batalla decisiva para los destinos de la Democracia en general y de la democracia portuguesa en particular.»

El «Grupo Antifascista Portugués», apela al patriotismo de sus compatriotas, para que organicen Comités de Ayuda, suscripciones y colectas, fiestas y mítines para hacer real y efectiva la solidaridad de todos los portugueses de América con la causa del pueblo español.

En tercera página:

## Un sabio, de renombre universal, encarcelado por los facciosos

## La niña que perdió el color al enterarse de la caída de Málaga

Estampidos de los cañones italianos sobre la quieta superficie del Mediterráneo. Gritos en desierto del Negus sobre las áridas conciencias urbanas de la Sociedad de Naciones. Hitler expulsa a voces del territorio alemán a los judíos, a los gitanos. Portazos de su iracundia en todas las fronteras, y el mechón de pelo de su mal humor brincándole sobre la frente. Portugal se agita. Franco se impacienta. Los dictadores pisan demasiado fuerte —una prueba más de que no tienen razón— sobre la tierra vacilante que no están seguros de pisar mucho tiempo. Los dictadores hablan demasiado a voces —otra prueba evidente de su sinrazón— a un pueblo de sordos que no les quiere oír, que está ya harto de oírles.

En pleno escándalo europeo, en medio de la chillería mundial que han organizado —o armado— los hombres, son los niños quienes van a representar el papel de la cordura, de la calma, el papel difícil para el que se requiere no un ademán heroico, sino una extremada sensibilidad.

Ha sido en el centro del corro que forman en Europa los dictadores de caras rojas y corazones anémicos donde se ha producido el suceso tranquilo y dulce que revela hasta qué punto teme la sigilosa infancia —el camino de la adolescencia es ya el camino del ruido— al estridente fascismo. La senda de la decrepitud —en los regimenes también— es la senda del escándalo, de la impotencia. Mussolini grita porque tiembla. Hitler protesta porque envejece. Oliveira canta victoria porque rabia, y no encuentra mejor manera de disimular su miedo. Franco, cobarde y astuto, pone el grito en el cielo. Por lo pronto, le escucha Mahoma. Todos los países fascistas viven en continua zozobra, en un puro ¡ay! Horrorizada al oír sus gritos de fieras y sospechar sus semblantes coléricos, una niña española ha perdido el habla, se ha puesto pálida. Una niña de Málaga se ha desmayado cuando en una Exposición que se celebraba en el pueblecito francés de Malo-les-Bains, lugar accidental de su accidentada residencia (allí fué evacuada y allí está), ha visto —abriendo mucho sus pestañas negras, abriendo aún más su boca roja— sobre un mapa de España, que el alfiler con la bandera de la República no lucía ya sobre la villa de Málaga.

Tal ha sido el hecho real y verdadero. La emotividad de los niños se conserva intacta en medio del bético huracán. Jamás el fascismo, cuya única pretensión consiste en no dejar títire con cabeza —atención, Mr. Eden a la suya— podrá dar fin al tesoro de la sensibilidad humana. Allí donde el fascismo ponga su planta, habrá una niña que lllore, que pierda el conocimiento. Lo importante es que cuando la niña vuelva en sí ondeen al aire libre y revuelto, sobre todas las capitales del globo, las banderas alegres de la Libertad.



# Nuevamente el pueblo español tiene una misión histórica que cumplir España, --dice "Tierra", de Colombia-- tiene que salvar la paz del mundo oponiéndose con su Ejército Popular a la moderna barbarie

Desde hace algunos meses, los ojos esperanzados de todos los hombres libres de la tierra, se fijan sobre España, donde se juega actualmente la gran partida de la civilización contra el fascismo, contra el espíritu de la fuerza bruta. Nuevamente el pueblo español tiene una misión histórica y vuelve a encender la luz que ha guiado durante siglos los destinos humanos. ¿Cuál es su luminosa misión? Nada menos que salvar la paz del mundo, oponiéndose con su disciplinado Ejército Popular, al avance del fascismo invasor, esa moderna barbarie que pretende aniquilar al individuo en aras de unos cuantos mitos nacionalistas, empapados en la sangre de las masas proletarias y cubiertos con la máscara de su anacrónico imperialismo.

Es indudable que los países fascistas tenían muchos admiradores entre ciertas gentes, sobre todo después del estrangulamiento de Etiopía. Los golpes fuertes producen admiración en los ignorantes. Los facciosos españoles comenzaron a soñar en nuevos imperios y en estrategias guerreras, en las que se ejecutarían, como acción decisiva, bombardeos de hospitales, monumentos artísticos y poblaciones indefensas. Los grandes terratenientes, los banqueros que vivían del fraude, políticos fracasados, aristócratas apollados y cursis, beatas y señoritos y pocas gentes que de ellos vivían, vieron en el fascio su salvación. Franco, el traidor, se puso a la cabeza de estas fuerzas del capitalismo y desembarcó con moros y legionarios en su Patria, pretendiendo parodiarse —sembrando cadáveres y ruinas— la «marcha sobre Roma». El pueblo español les esperaba en el camino y les cerró el paso con la muralla de sus pechos varoniles. Era el pueblo, que derribó como un castillo de naipes el sueño napoleónico. Y, mucho antes había arrojado de su suelo a los moros.

El fascismo internacional vió a Franco perdido y comenzó a enviarle a toda prisa sus divisiones de mercenarios. Madrid esperaba serenamente a los modernos bárbaros y les hizo morder el polvo, y beber a grandes tragos la escasa agua del Manzanares. En Las Rozas cayeron los alemanes, y en Guadalajara fueron diezmados los italianos. Mussolini e Hitler empezaron a comprender cuán efímero y vano es construir «castillos en España».

Si fracasa, como sucederá, esta tentativa de invasión fascista del Occidente de Europa, se salvará la cultura, la vida espiritual y con ella el des-

tino del hombre. El fascismo triunfante en España, triunfaría después en Francia, y como consecuencia cambiaría la posición de las naciones, adjudicándose, Alemania e Italia, el papel de árbitros de Europa.

Las democracias serían minadas en el interior y atacadas desde el exterior, implantándose un nuevo orden europeo, una «edad de hierro», en la que no se escucharía otra cosa que la marcha de los ejércitos, el ronroneo de las escuadras aéreas y el rumor afanoso de las fábricas produciendo armamentos y más armamentos. Sería la apoteosis de la fuerza, la recompensa a la violencia y al servilismo. La cultura se barrería del haz de la tierra. Hemos visto ya siniestros presagios. ¿No han sido quemados públicamente los libros de Feuerbach, de Spinoza, de Marx, en las ciudades alemanas? ¿No se ha hecho un auto de fe con los libros del poeta García Lorca en una plaza de Granada? ¿No han sido recluidos en los campos de concentración y proscritos de Alemania e Italia sus más esclarecidos hombres? ¿No han destruido las bombas alemanas e italianas las Academias y Museos de Madrid? ¿No ha gritado uno de los cabecillas fascistas en Salamanca «muera la inteligencia»? ¿Qué mérito tienen las obras de la inteligencia para aquellos que se mofan del Derecho y de la Moral y que confían la solución de los problemas a la fuerza bruta?

España, la de las heroicas milicias obreras y campesinas, la de los regimientos juveniles, la de los mineros asturianos; España, la admirable, que se bate en las afueras de Madrid y avanza a rescatar Oviedo, Córdoba, Huesca; España, que se levanta como un solo hombre a lo largo del Mediterráneo, es un magnífico ejemplo para todos los pueblos de la tierra. Ejemplo de coraje y de dignidad, de culto al espíritu y de voluntad de ser libre. Nada han podido, ni podrán, contra esas verdades, los tanques, los carros blindados, y todas las máquinas de guerra de italianos y alemanes. Una sencilla, pero fuerte y callosa mano de un minero español, se ha levantado contra los monstruos de acero y les ha hecho volar entre resplandores. Es éste el símbolo popular de la nueva España; el trabajador, que con ademán enérgico va haciendo por los campos de batalla una siembra de fuego.

[España, luz del mundo!]

## Alemania no puede, económicamente, sostener una guerra

# El pueblo no la quiere, la previsión de trigo ha disminuído en un millón trescientas mil toneladas y el país no se basta a sí mismo

A pesar de las sorpresas, y de los golpes, que el nuevo poderío de Alemania lanza sobre Europa —dice William Shirer, corresponsal en Berlín del Universal Service—, los observadores más autorizados y sensatos, opinan que el Reich no dispone de todos los medios, no se halla completamente preparado para aventurarse a una gran guerra. Esto no quiere decir que de una manera positiva se pueda asegurar que el nazismo no quiere ir a la guerra.

Pero, los observadores, dan varias razones, poderosas, ciertamente, para demostrar que no puede hacerla. Estas razones son:

El pueblo no necesita la guerra.

El Ejército no está preparado.

Tampoco está preparada la aviación.

La marina es aún excesivamente exigua.

Los aprovisionamientos tienen un nivel muy bajo.

Las cosechas, no son, en manera alguna, satisfactorias.

Las reservas de materias primas son bajas.

No es posible predecir con exactitud, cuál será el alineamiento de las potencias en la próxima conflagración.

## EL PUEBLO NO QUIERE LA GUERRA.

Indudablemente, en el caso de sobrevenir la guerra, al pueblo alemán no se le pedirá su opinión sobre el particular, pero los corresponsales de periódicos han podido advertir, y no sin sorpresa, la antipatía que experimenta aquí, por la guerra, el hombre de la calle.

La Prensa y los líderes nazis pueden ser tan belicosos como quieran, hasta donde gusten; pero la masa, el pueblo, como los de otras naciones de Europa, no quieren la guerra.

La intervención en favor del jefe de la rebelión española, es uno de los actos más impopulares de la política de Hitler.

Por esta razón, principalmente, los jefes nazis no se han atrevido a decir al pueblo, qué «voluntarios» alemanes y armas y aeroplanos, son enviados a España.

El pueblo se opondría de manera definitiva, a cualquier guerra que surgiera del conflicto español.

Se considera dudoso, en los círculos bien informados de Berlín, que Goebbels, pudiese, con toda su máquina de propaganda, provocar el frenesí en el caso de que la guerra procediera de España.

## EL EJERCITO, POR SU PARTE, PIDE DOS O MAS AÑOS PARA PREPARARSE.

Los jefes del Ejército hablan, por su parte, de que son necesarios dos o más años, para que el instrumento que forjan para la guerra, quede listo y completo.

Estos jefes presentan el argumento irrefutable de que nadie puede levantar un gran Ejército de la noche a la mañana, aunque disponga de todo el oro y de todos los elementos del mundo.

La falta de oficiales preparados, especializados para el enorme conjunto de las fuerzas armadas, es notoria y se siente a cada paso. Y los generales consideran que por lo que hace a las reservas especializadas y entrenadas, Alemania está atrasada con relación a las demás potencias, sin esperanza de remedio en cuatro o cinco años.

Las informaciones que circulan en los medios autorizados de Berlín, aseguran que las fuerzas aéreas necesitan algún tiempo para su desarrollo y perfeccionamiento.

El programa aéreo se complicó con demasiada precipitación y muchas máquinas son ya anticuadas e impropias para las necesidades de hoy. La guerra de España ha

## Para gastos de guerra

# Cerca de ocho mil cuadros de museo se venderán en Munich

PARIS, 21. — Cuadros preciados de los viejos maestros pintores, como Ticiano, Bellini, Van Dyck, etc., pertenecientes a las colecciones del Estado alemán, van a ser vendidos por el Reichsbank, ante la necesidad apremiante de adquirir divisas.

Las ofertas se harán en reichsmarks; pero el comprador beneficiará un descuento del 33 por 100 si el pago es efectuado en dólares o en libras esterlinas.

Siete mil setecientos setenta cuadros y otros objetos de arte como porcelanas, armaduras, etc., van a ser subastados.

La venta tendrá efecto en Munich, y comenzará uno de estos días. Anticuarios de todos los países del mundo han llegado a aquella población para asistir a la subasta.

puesto en evidencia, los defectos de esos equipos, que es preciso remediar y esa es la labor que no se hace en un día.

La marina de guerra alemana se construye afanosamente, pero no llegará al 35 por 100 de la de Inglaterra, sino en 1942, cuando mucho. No tiene ni un gran acorazado. Ahora bien, el nuevo crucero de 10.000 toneladas, y el nuevo barco portaaviones, no estarán listos, sino a fines del año.

## LA FALTA DE ALIMENTOS Y EL BAJO NIVEL DE LAS RESERVAS, ALEJA EL PELIGRO DE UNA GUERRA.

Alemania sabe, por lo que sucedió para su mal de 1914 a 1918, que una guerra con el estómago vacío sería un desastre. Y ahora, es tan aguda la falta de alimentos y tan bajo el nivel de las reservas, como no lo fué en ninguna época desde que el nazismo subió al Poder.

No solamente faltan las carnes, las grasas, los huevos, la manteca, sino que no hay reserva de granos. Esto de la falta de reserva de granos, viene sucediendo desde 1921.

En julio de 1936, tenía 1.700.000 toneladas de trigo y centeno, contra tres millones de toneladas del año anterior, y ahora, Alemania, apenas puede sostener con migajas su vida, mientras llegan las cosechas.

Son empleados toda clase de sustitutos en el pan, con objeto de mejorar el trigo y el centeno. Comparado el pan de hoy con el de hace un año, difícilmente se le puede reconocer.

Todo esto quiere decir, que Alemania tendrá que importar una buena cantidad de trigo, durante los próximos doce meses. No es ésta una perspectiva brillante, para un país que puede quedar bloqueado en caso de guerra.

Por lo demás, a pesar del aumento de la población —450.000 personas por año— y del reciente aumento de las tierras destinadas a la agricultura —250.000 hectáreas— hay ahora en Alemania menos tierras utilizables que antes.

Es sabido que en 1935 fueron arrancadas al cultivo 467 mil hectáreas de tierra, para utilizarlas en objetivos militares o en la construcción de caminos.

Y ha venido a ser obvio, ahora, lo que se puso de manifiesto en el período 1914-1918: Alemania no puede bastarse a sí misma; no puede producir todos los alimentos que necesita.

En cuanto a los stocks de todas aquellas materias primas que deben ser importadas, están hoy en un nivel demasiado bajo para que la nación pueda lanzarse a una guerra prolongada.

## LOS OBSERVADORES CREEN QUE A ALEMANIA LE HACEN FALTA VARIOS AÑOS PARA PREPARARSE.

Pero se necesitan varios años todavía, para que sea suficiente la producción del caucho artificial, y no hay para qué mencionar el capítulo de las materias para los tejidos artificiales. Hoy por hoy, la provisión de elementos como el cobre, el cinc, el plomo, el estaño, el níquel y el cromo, apenas es su-

ficiente para unos meses. Es tan escasa la producción de aquellos metales, que el Gobierno ha prohibido su empleo en centenares de artículos comerciales.

Pero aún en el caso de que Alemania no fuera bloqueada durante la guerra, los observadores pondrían de duda que solamente podrían adquirir cantidades muy limitadas de tales materias, pues no tiene oro suficiente para los cambios extranjeros.

Y así, llegamos a la conclusión de que Alemania no tiene el poder económico necesario para sostener una guerra. En un conflicto con Inglaterra, Francia y Rusia, potencias que disponen de grandes recursos económicos, financieros y agrícolas, el Reich se colocaría en condiciones muy desventajosas.

Y aun en el supuesto de que Hitler decidiera echar la suerte, sobre las bases de los propios recursos de Alemania, ¿no querría asegurarse primero sobre quiénes está contra él y quiénes no?

En el momento actual, Alemania está segura únicamente de Italia, pero en los círculos militares, especialmente, son varias las dudas que existen sobre el particular.

La lección de 1915 está fresca todavía. Polonia no es segura; Yugoslavia y Rumania, tampoco.

El problema mayor por resolver en este particular, es Inglaterra. Hitler se esfuerza por evitar el error, el fatal engaño de que fue víctima el Kaiser.

Igualmente es grande el recelo sobre la actitud que asuman los Estados Unidos. A pesar de la sospecha existente en los círculos nazis de que la República norteamericana no se lanzaría tan fácilmente como antes a una guerra en Europa, no está Alemania muy segura acerca de ese extremo. Y si los enemigos del Reich llegan a incluir entre ellos a Francia y la Gran Bretaña, también admiten con extraordinaria facilidad el hecho de que los preciosos recursos de Norteamérica, irían a donde fueron de 1914 a 1918.

## En Silesia se reclutan "voluntarios" para la España rebelde

PRAGA, 18 agosto.—Comunicación de Kirschberg, Silesia, que la Oficina de Reclutamiento (Wehrmacht) de esta ciudad se ha dirigido a estos últimos días por carta a los solteros en edad de empuñar las armas y cuyo estado militar se conoce, invitandoles a presentarse a la mayor brevedad en dicha Oficina.

Una vez allí, el oficial reclutador del distrito les pidió a cada uno que se inscribiera en las formaciones «voluntarios» que Alemania prepara con destino a la España rebelde.—Agencia España.

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta



## UN SABIO, DE RENOMBRE UNIVERSAL, ENCARCELADO POR LOS FACCIOSOS

## A los setenta y cuatro años de edad, enfermo y medio ciego, Odón de Buen ha permanecido un año en la cárcel de Palma de Mallorca, incomunicado y durmiendo en el suelo

Desde que el ilustre director del Instituto Oceanográfico Español, Odón de Buen, fué senador republicano hace treinta años, se retiró de la política para consagrarse exclusivamente a los altos cargos internacionales, científicos y técnicos, entre otros el de presidente de la Sección de Oceanografía de la Unión Internacional de Geodesia y Geofísica, que ocupó en sustitución del príncipe de Mónaco, al morir éste.

El señor De Buen lleva cuarenta años estudiando en las Baleares, y hace treinta que fundó en Palma de Mallorca el magnífico laboratorio al que acuden a trabajar los más eminentes profesores del extranjero.

El verano de 1936 se dispuso, como todos los años, a pasar con su esposa, en Palma de Mallorca, un par de meses; y a su llegada se abrió en su existencia el paréntesis de horror que acaba de cerrarse estos días, y que nos ha referido.

Salimos de Madrid el 15 de julio, y estuvimos en Barcelona un par de días; allí oímos hablar de una sublevación en Marruecos, pero todos mis amigos coincidieron en que no debía, por eso, desistir de mi viaje a Mallorca; al contrario: «Allí estará usted más tranquilo que en ninguna parte—me dijeron—. Y el 19, a las seis de la mañana, desembarcamos en Palma.

Estábamos desayurando en el hotel cuando entraron en el comedor varios jóvenes armados, y se difundió la noticia de que en la isla se había proclamado el estado de guerra. Pasamos una semana de inquietud, de angustia, pero, sobre todo, de desconcierto. Se oía todavía libremente la radio de Barcelona, que hablaba de combates en las calles, de heridos y muertos... Allí iban aviones leales a bombardear, si bien solamente objetivos determinados, lejos del hotel, que estaba situado en las afueras de la ciudad, junto al consulado francés. En realidad nadie sabía a ciencia cierta lo que pasaba. Casi todos los extranjeros, alarmados, se fueron marchando en barcos de sus nacionalidades respectivas, y nos quedamos un grupito angustiado y desorientado. Un día unos militares se acercaron a mí y me dijeron cortemente que no me moviera del hotel y que estuviera tranquilo, pues no me pasaría nada.

Así transcurrieron trece días. El primer día de agosto fué a buscarme un delegado de Policía. Envié a mi mujer a casa de un amigo, profesor de la Universidad de Barcelona, y seguí al policía al Gobierno civil; intenté hablar con el gobernador; le hice pasar mi tarjeta, pero con vagas excusas se negó a recibirme. Y el policía me llevó a la cárcel... de donde acabo de salir al cabo de un año, con alternativas de estancia en el Hospital, sin haber sido sometido a proceso alguno, ni haber sido interrogado siquiera una sola vez.

Nos da algunos detalles de su estancia en la cárcel fascista:

—Compartía una habitación con otros presos, en su mayoría intelectuales; allí estaba Fernal, catedrático de francés del Instituto y concejal del Ayuntamiento de Palma; un abogado distinguido llamado Reus, juez de Felanix; el oculto de más fama de la isla, doctor Comas, y otros...; llegamos a ser veintiocho hacinados en un cuarto de proporciones reducidas.

—¿Y cabían tantas camas?

—¿Camas? ¡Si dormíamos en el suelo! Solamente a mí, al cabo de unos días, los oficiales de Prisiones, en vista de mi edad y de mi estado de salud—pues padecía diabetes y, naturalmente, se había recrudecido considerablemente—tuvieron la

atención de darme una cama. Asimismo, al dictaminar los médicos el peígro que suponía para mí, en vista de mi enfermedad, el comer el rancho, compuesto principalmente de patatas, judías, pan y otras féculas, se autorizó a mi mujer a enviarme comida de régimen. Me la traía a diario el mozo del laboratorio, pero sin verme, pues nuestra incomunicación con el exterior era absoluta. Al cabo de dos meses, se había recrudecido no sólo mi enfermedad, sino también mis cataratas seniles, y me hallaba casi ciego. Entonces, el médico militar, antiguo alumno mío, me envió al Hospital, donde permanecí desde primeros de octubre hasta el 16 de diciembre.

Entre tanto, la Prensa y la radio de todos los países habían difundido la noticia de la prisión del famoso sabio. Hay que recordar que el señor De Buen pertenece, lo mismo que el señor Giral—nuestro actual ministro de Estado—al «Consejo Internacional Permanente para la Exploración del Mar», cuyo presidente es Sir Maurice, subsecretario del Ministerio de Agricultura y Pesca de Inglaterra; uno de los vicepresidentes es el doctor Henrici, subsecretario de Estado, alemán; y el otro es Mr. Theodore Tissier, presidente del Consejo de Estado francés.

Las noticias del trato que los facciosos daban a uno de sus colegas más prestigiosos, produjo enorme impresión en los miembros del «Consejo Internacional Permanente», y como la secretaria general de este Consejo reside en Copenhague, acordaron encargar al cónsul danés en Mallorca visitase al prisionero y se interesase por él. Pero —y he aquí un rasgo interesante de la «mentalidad fascista»—la trascendencia científica de la personalidad de su prisionero tuvo sobre las autoridades facciosas una influencia contraproducente. «Toda Europa se interesa por él—llegaron a decir—, y parece que tiene fama mundial... es, por lo tanto, doblemente peligroso».

Sólo a fuerza de gestiones incessantes—prosigue don Odón—el cónsul inglés, cuyo comportamiento, así como el del cónsul de Dinamarca y el de Suecia, están por encima de todo elogio y agradecimiento, logró al fin que se autorizara a mi mujer a visitarme, una vez a la semana, en presencia de un policía, claro está, y que se me incluyese con el número uno en el primer canje de prisioneros que se realizara.

Durante aquella estancia de dos meses en el Hospital, el señor De Buen tuvo dos emociones, una gratísima, la otra muy triste.

El cónsul danés, después de su primera visita, volvió a verme un día más tarde; esta vez vestía de etiqueta; con toda solemnidad, en presencia del director del Hospital, de varios médicos y de un delegado del Gobierno, me anunció que me había sido concedido el «Premio Internacional de Oceanografía», del legado Schmidt, que se otorgaba por primera vez y cuya trascendencia, en todos los órdenes, está llamada a igualar la del premio Nobel. La emoción triste fué que un día trajeron a un enfermo que, en un ataque de locura, había intentado suicidarse.

El segundo periodo de encarcelamiento de don Odón de Buen terminó el 16 de diciembre.

—Las autoridades facciosas me mandaron de nuevo a la cárcel, y esta vez ya sin consideración de ninguna clase, tuve que dormir en el suelo, como los demás, y padecer una incomunicación absoluta; solamente podía cada diez días enviar a mi mujer una postal para pe-

dirle los objetos o ropa que necesitara. Este régimen riguroso duró cuatro meses consecutivos, si bien, a los dos meses, en vista de que, según dictamen de todos los médicos, mi estado de salud era tal que peligraba mi vida, me mandaron a la enfermería de la cárcel, donde al menos pude dormir en una cama.

—¿Y al cabo de cuatro meses...?

—preguntamos. —Al cabo de cuatro meses, o sea en abril, a favor de una de esas luchas sordas tan frecuentes entre falangistas y requetés—que allí se llaman «tradicionalistas»—, estos últimos pasaron a ocupar los altos cargos, y al ser nombrado el teniente coronel de Ingenieros, don Víctor Enseñat, delegado de Orden público, el trato de los presos se suavizó algo, pues, al revés de los falangistas, los tradicionalistas alardean de humanidad y hay que convenir en que son algo menos feroces que aquéllos. El nuevo delegado de Orden público ordenó inmediatamente mi traslado al Hospital y autorizó a mi mujer para visitarme libremente tres veces por semana. Así viví hasta últimos de julio.

El encierro del señor De Buen ha sido tan absoluto durante más de un año, que ahora, cuando sale a la calle, se mara un poco. «Carecíamos de toda visión horizontal»—dice—. Por lo tanto, son relativamente pocos los detalles que nos puede ofrecer de la vida en Mallorca, pues sólo facilitó aquellos de los que tiene absoluta seguridad; con todo, no carecen, ciertamente, de interés sintomático.

—En los primeros días del movimiento—nos cuenta—una horda de pistoleros facciosos, a las órdenes del gobernador y del jefe de Policía, se dedicaron en Palma de Mallorca al asesinato libre, labor de la cual se encargaban, en los pueblos, los caciques y sus asalariados. Merece destacarse el caso de que allí la Guardia civil no fué, ni con mucho, la más encarnizada en la matanza de gentes de izquierda. Cada mañana, las carreteras aparecían cubiertas de cadáveres en número que soía pasar de cincuenta. De este modo, según opinión de los más pesimistas, llegaron a eliminar más de cinco mil personas. Pero, según datos fidedignos y cálculos mode-

rados, sólo me atrevo a asegurar que pasaron de tres mil. Entre las víctimas figuraban todos los masones que había en la isla y un número considerable de intelectuales que eran blanco principal del odio fascista. Maestros, abogados, médicos que apenas eran tachados de ser algo liberales; cayeron víctimas de esta furia impacable. Recuerdo, por ejemplo, a Olmo, profesor de la Escuela Normal, y al inspector de Enseñanza, señor Leal, al que martirizaron brutalmente antes de matarle y de quien dijo el parte faccioso que se había suicidado. Pero, como le digo, esto ocurrió en los primeros días.

—¿Luego, cesaron los asesinatos?

—No. Se metodizaron según una organización que consistía en encarcelar a la gente y luego poner en libertad un grupo de presos, de los cuales algunos volvían efectivamente a sus hogares, mientras que los cuerpos de la mayoría de ellos aparecían al día siguiente en la cuneta o junto a las tapas del Cementerio. Este sistema fué obra del gobernador civil, Mateo Torres, comandante que fué ayudante de Franco y que es fascista acérrimo, hasta el punto de que siendo militar sólo llevaba el uniforme de la Falange. Ahora está en Burgos, donde ha sido llamado por la Junta facciosa, que según dicen, y aun cuando no suele asustarse de nada, se espantó de sus crímenes. Tenía por confidente al obispo, que le ayudaba con entusiasmo en su labor inquisitoria.

Don Odón de Buen nos cuenta que también había en la cárcel—algunos han sido fusilados—banqueros derechistas por estampillar falsamente billetes de Banco; y curas que tenían montada una lucrativa agencia para entregar pasaportes a personas sospechosas de republicanismo y facilitar su evasión.

—Mientras se dan tales inmundidades—añade—las calles están llenas de pasquines ordenando a las mujeres que «para ganar la guerra» lleven mangas largas y descotes moderados. Desde las terrazas vecinas a las cárceles las señoritas falangistas hacían señas burlonas a los presos de que les cortarían pronto el cuello. En general, en medio de un ambiente atroz y deprimente, de

decaimiento, tristeza y miedo, lo que domina en toda la isla, es, en el orden militar, lo italiano; en el orden moral, el más reaccionario de los clericalismos. Todos los aviadores, todos los servidores de las piezas, todos los técnicos de servicios de guerra, son italianos. En la población civil, la aspiración suprema parece ser retroceder varios siglos y volver a la época de Isabel la Católica; muchas señoras forman grupos de «margaritas» y los niños se dividen en «balillas», uniformados y militarizados por completo, y en «pelayos». En cuanto a la gente, poco o mucho de izquierda, los pocos miles que sobreviven a las matanzas están recluidos en las cárceles y campos de concentración.

—¿Hay varios campos de concentración?

—Cinco o seis, donde los hombres, especialmente los de más elevada intelectualidad, son destinados a picar piedra, a hacer pistas militares y otros trabajos por el estilo.

No podemos menos de exclamar:

—¿Cómo! Cuando nosotros mantenemos en la inactividad a nuestros prisioneros, aun a los idiotas y holgazanes, que en su vida fueron útiles a la sociedad, ellos dedican a los trabajadores de la inteligencia a picar piedra.

—¡Ah! Pues todos los encarcelados estaban deseando ir a aquellos campos de concentración—contesta don Odón de Buen. Allí, siquiera estaban al aire libre, comen algo de fruta y reciben alguna que otra visita de sus familiares; mientras que en la cárcel...

En medio del optimismo sereno que le da su situación actual, una nube ha pasado por la frente del ilustre profesor:

—Las cárceles de Mallorca son horribles—dice—. Hay una instalada en un almacén de maderas, la casa Mir, donde, durmiendo en el suelo, llegaron a hacinarse 900 desgraciados.

Abandonamos al anciano sabio que ha sido tratado por los facciosos como en ningún país medianamente civilizado se trata a los peores criminales, recordando que durante la revolución rusa no se ha dado un solo caso de haber sido encarcelado ningún intelectual de edad avanzada.

## ¿Ha muerto la Sociedad de Naciones?

## ¡Viva la Sociedad de Naciones!

«Vendredis publica el siguiente editorial:

«La audacia de los fascismos guerreros no está hecha más que de su confianza en la impunidad y en el temor que ellos inspiran.

Esa audacia se inquieta y se repliega desde el momento en que aparece una resistencia.

Pues lo que quieren los fascismos guerreros no es la guerra, sino la conquista sin riesgos.

Tienen miedo de la guerra.

Mussolini se ha apoderado de Abisinia, porque todo el mundo le ha dejado hacer sin reaccionar.

Mussolini, Hitler y Franco han querido apoderarse de España. El pueblo español ha luchado. Hoy siente miedo de su propia audacia. Las escasas resistencias que los pueblos democráticos les han opuesto, les han hecho retroceder.

El fascismo japonés se ha lanzado a la conquista de China de tal manera, que los chinos han rehusado defenderse. Desde que han visto que la guerra se agudiza, los japoneses han propuesto negociar.

Para los fascismos guerreros, la negociación se intercala entre la conquista y la guerra: para impedir ésta consolidando aquella.

Porque la conquista no es la guerra. Pero podría llegar a serlo: si los objetivos de la conquista se realizan; si Hitler y Mussolini se instalan en España y el Japón en China, entonces estos

guerreros, llegando a sentirse fuertes, podrán pasar al segundo tiempo, y por la guerra, que ya no les asustará, lanzarse hasta el final de su imperialismo destructivo.

Basta, para ello, que se continúe dejándolas hacer.

Si los pueblos pacíficos se uniesen para oponer una negativa y una prohibición a los ataques audaces de los fascismos bélicos, la guerra se haría imposible.

Es imposible también esas conquistas autorizadas por la debilidad y el espanto de las naciones desorganizadas.

La Sociedad de Naciones habría podido, habría debido, oponer a los fascismos guerreros el frente unido de las naciones pacíficas. Por eso aquéllos han querido matarla. Lo han conseguido, porque la Sociedad de Naciones ha dejado hacer. Aún más: les ha ayudado con su negativa a actuar. Muerta, puede resucitar. A condición de que, consciente de su fuerza y de la debilidad de las naciones guerreras, oponga a las intenciones de éstas una prohibición formal, y a sus empresas, los actos de más rigor.

La salvaguardia y la eficacia de la Sociedad de Naciones, será su voluntad, como la falta de voluntad ha sido, hasta ahora, su pérdida y quizá mañana la pérdida decisiva de la paz.»



